

CONTRIBUCIONES DE LA ECONOMÍA A LA TEORÍA DEL DESARROLLO *

Howard S. Ellis

(Universidad de California, Berkeley)

Observadas desde un ángulo particular, las teorías del desarrollo económico se clasifican en tres grandes grupos: históricas, analíticas y prescriptivas. El propósito de este trabajo es estudiar las teorías que pertenecen al tercer grupo, con el fin especial de resumir y precisar cuál es y en qué medida la teoría económica puede ofrecer una especie de guía para el desarrollo económico. Ésta sería una empresa grandiosa e imposible, especialmente dentro de los límites de un simple ensayo, si no fuera por el hecho de que, en primer lugar, las teorías de las que nos ocuparemos son generalmente bien conocidas y, en segundo, porque la evaluación crítica de la mayoría de ellas ha progresado considerablemente. No obstante, el presente análisis tiene la pretensión de que tanto la comprensión como la evaluación de las teorías del desarrollo puede llevarse a cabo enfocándolas de acuerdo con la clasificación tripartita antes mencionada.

Como todos los esquemas taxonómicos, éste supone una yuxtaposición o algunos casos no delimitados; pero esta dificultad es una característica general de las clasificaciones y no implica necesariamente que el sistema básico se tambalee. La determinación de los grupos es pragmática, y el propósito de cualquier esquema estaría servido si ayuda a entenderlo.

De la revisión se pondrá en claro que la parte prescriptiva o que forma parte de la política de la economía es *limitada*; que dentro de ella, una gran parte representa una prescripción *negativa* y no positiva; y que dentro del campo de la prescripción positiva, las reflexiones son por lo común muy *generales*. Sería perfecto si lográramos determinar al final de la revisión si puede esperarse legítimamente que la teoría económica ofrezca una especie de heliografía para el desarrollo económico.

I. TEORÍA HISTÓRICA

Por “teoría histórica” quiero dar a entender la teoría que está orientada principalmente a explicar el amplio curso del desarrollo económico a través del tiempo. Otra designación igualmente adecuada sería la de “filosofías de la historia”. Dentro de este grupo quedarían comprendidos todos los economistas historiadores que revelan la tendencia a enun-

* Colaboración especial para el número centenario de EL TRIMESTRE ECONÓMICO.

ciar tipos inclusivos de explicaciones históricas. Podría recordarse a Blucher, Sombart y Tawney, aunque los nombres más representativos son los de Marx y Schumpeter. Por supuesto, en estos dos autores el elemento analítico sería también importante, ya que ambos intentaron no sólo entender, y en cierta forma prever el curso material del destino humano, sino también poner al descubierto la operación del capitalismo, es decir, del orden económico actual. Pero en ellos el elemento prescriptivo en relación con los logros del progreso económico es muy pequeño o totalmente nulo.

Con Marx, específicamente, es casi por completo nulo. Considérense por un momento los cánones característicos de la ideología del “socialismo científico”. Algunos, como la teoría del valor-trabajo y la plusvalía, la lucha de clases y la ley de hierro de los salarios pertenecen más bien al grupo que he denominado “analítico”; y otro, como la creciente “depauperización” del proletariado, el grado creciente del monopolio y la intensidad de las crisis, la teoría del imperialismo y el colonialismo, y la interpretación materialista de la historia pertenecen al grupo de “filosofías de la historia”. Como se ha observado frecuentemente, Marx no dice prácticamente nada en relación con los caminos para mejorar deliberadamente el bienestar material de la especie humana. Después del colapso del capitalismo el Estado irá desapareciendo en forma gradual y también desaparecerá la política económica. Hasta que el capitalismo sufra un colapso, las medidas para mejorar tienen un valor negativo. Y lo que los partidos socialistas y comunistas contemporáneos y los sistemas sociales parecen haber obtenido de Marx es principalmente una serie de “gritos de guerra” junto con la certeza filosófica (más bien incongruente) de que el movimiento hacia el estado socialista o comunista no puede impedirse. Para los planeadores contemporáneos del desarrollo económico, Marx puede haber transmitido un valioso mensaje en relación con la importancia de la justa distribución de la riqueza y el ingreso; pero nuevamente, aparte de la revolución, no podrán solazarse de ninguna manera con la forma en que puede llevarse a cabo.

En tanto que Marx observa la *debacle* última del capitalismo con *Schadenfreude* (regocijo), Schumpeter observa el final con tristeza, aunque en ambos prevalece un grado mayor o menor de fatalismo que niega al bienestar o a la política de desarrollo cualquier papel racional. Éste es claramente el móvil de *Capitalism, Socialism and Democracy*. Los otros dos grandes libros de Schumpeter se ocupan de la operación del sistema capitalista y del desarrollo económico bajo sus auspicios, pero no de la historia pasada y del probable futuro del capitalismo o de otros sistemas. Estos libros se mencionarán en la siguiente sección en la parte correspondiente.

II. TEORÍA ANALÍTICA

Puesto que “teoría” y “análisis” son estrictamente sinónimos desde cierto punto de vista, puede afirmarse que este grupo comprende toda la teoría económica. Ciertamente, Marx y Schumpeter *analizaron* el sistema económico presente cuando intentaron colocarlo en la perspectiva de la corriente histórica. Y es indudable que lo mismo hacen todos los economistas que se han aventurado a formular algunas prescripciones generales del desarrollo sobre la base de disecciones y diagnósticos del organismo económico y de sus achaques. Haciendo a un lado estas reflexiones necesarias, puede crearse un grupo separado de teoría analítica con el propósito de caracterizar a las teorías que sólo se han ocupado *incidentalmente* (o quizá para nada) de la filosofía de la historia o del desarrollo económico de una parte o, de otra, de la política del desarrollo. Una parte muy grande de la economía, desde los principios de la llamada fase “científica”, con Adam Smith, hasta la actualidad, cae dentro de esta amplia clasificación. Por lo tanto, quizá sería innecesario enumerar todas las teorías que pertenecen a este grupo, aunque sí indicar que numerosas elaboraciones teóricas de la actualidad, relacionadas estrechamente con el desarrollo económico, son puramente analíticas y no dan una pista de las mejores políticas que aseguren el adelanto.

Esto es cierto particularmente con Schumpeter en sus libros *Teoría del desenvolvimiento económico* y *Business Cycles*. En verdad es notable y quizá también curioso que el autor que más ha hecho para fijar, explicar y destacar el papel desempeñado por la genuina innovación económica en el proceso de desarrollo económico, no haya ofrecido ninguna explicación de por qué algunas sociedades han producido innovadores y otras no. La innovación genuina es la base del crecimiento, pero no encontramos ninguna recomendación de cómo promoverla. Parecería ser una deducción natural de la idea de que el crecimiento de la sociedad capitalista se presenta en olas, que los ciclos económicos son un vehículo de progreso y de que sería una tontería explorarlo todo para suprimir las fluctuaciones económicas. También parecería ser una deducción natural, si el capitalismo ha sido socavado por la menor vitalidad de las instituciones capitalistas como la propiedad privada y la libertad de mercado, por la “despersonalización” de la función del empresario y por ideologías hostiles, que las políticas debieran dirigirse a contrarrestar esos factores. Pero Schumpeter, por sí mismo, no hace semejantes sugerencias, y nosotros quedamos en libertad para interpretar el rumbo hacia el socialismo —como con Marx— como algo más o menos inevitable. Por lo tanto, la teoría de Shumpeter es “analítica” y prácticamente incolora desde el punto de vista político.

Desde el punto de vista analítico es importante tener en mente, además de los aspectos ya mencionados, la contribución de Schumpeter a algunas de las más recientes teorías de la distribución. Él creyó que la magnitud (y por supuesto la existencia) de las utilidades y el interés dependían de la tasa de progreso. Los escritores contemporáneos se han apoderado de esta noción y han elaborado dentro de ella una teoría del ingreso para todos los factores, en la convicción de que la productividad marginal desempeña un papel subordinado en condiciones dinámicas.

Por supuesto, no se intenta de ninguna manera hacer una crítica al caracterizar al economista que no se ha aventurado en el campo de la formación política; ciertamente, este hecho puede ser una señal de juicio superior. Como quiera que sea, las sustanciales contribuciones de Kuznets pertenecen a la categoría de "hallazgos de hechos". Entre otros "hallazgos" de gran significación están los muy altos niveles de ingresos *per capita* que prevalecieron en la fase preindustrial de los países actualmente ricos, comparados con los ingresos *per capita* de las economías no desarrolladas o subdesarrolladas. Una inferencia de política podría ser la de que los países más pobres son incapaces de reducir el abismo que los separa de los otros países, con la rapidez esperada; pero Kuznets abandona estas inferencias a otras personas. Asimismo, por asociación positiva, establece la relación entre el crecimiento de la población y el aumento del ingreso medio en las economías occidentales.

Si se les observa desde el punto de vista presente sobre la materia, Keynes y Hansen son preeminentemente analíticos. A primera vista, el economista que destina su principal esfuerzo a la elaboración de la teoría del equilibrio en condiciones de menor ocupación completa y el que se interesa principalmente del estancamiento económico, parecerían no ser los exponentes de las teorías o políticas del desarrollo. Y ciertamente así es. Keynes indica que la expansión monetaria, las medidas equitativas (a través del incremento de la propensión a consumir) y las obras públicas, son las principales armas en contra de los bajos niveles de equilibrio de la ocupación. Pero es dudoso que las haya reconocido como los lineamientos más prometedores de acción a largo plazo con propósitos de desarrollo económico. No parece que éste haya sido el tema del que se ocupó, sino más bien la explicación y remedio de la subocupación. Indudablemente, la curación podría acelerar el progreso, pero no sería el único o principal vehículo del adelanto económico.

Con Hansen se pueden inferir *en parte* las políticas que podrían ser apropiadas para promover el desarrollo económico, a partir de la enumeración de las causas del estancamiento. En esta forma, si existen insuficientes "expedientes para el ahorro" porque se carezca de innovaciones, parecería indicado estimular la investigación y la empresa comercial. Pero parecería que no existe un remedio en los casos de "des-

aparición del límite”, de retardo del crecimiento de la población y para el hecho de que ocurran inventos ahorradores de capital. Tendríamos entonces que volver atrás para considerar los remedios keynesianos generales como los de incrementar la propensión al consumo, las obras públicas, etc. Pero en este caso, nuevamente, sería legítimo poner en duda si Hansen hubiera descansado en estas medidas como clave del progreso. Como Keynes, Hansen presenta más bien el diagnóstico que la terapéutica.

El análisis del insumo-producto y la programación lineal o no lineal son indudablemente importantes herramientas potenciales de la política dinámica. Pero se trata esencialmente de aparatos similares a la productividad marginal y a la productividad marginal social, y no son en sí mismos una política. Y lo mismo acontece con las teorías de Domar, Harrod y Hicks. Transportan las condiciones de la plena utilización de la mano de obra en condiciones de crecimiento y tocan por tanto un aspecto muy importante del desarrollo. Pero también, no puede afirmarse que intentan analizar los principales determinantes o causas del desarrollo o que —haciendo a un lado el énfasis depositado en la *estabilidad*— ofrecen las políticas que conducen al desarrollo.

Se ha reconocido que la estabilidad es una condición importante del crecimiento; pero aún así, no podrían identificarse las medidas elaboradas para estabilizar el crecimiento con aquellas otras diseñadas para proveer los impulsos básicos o los factores del mismo crecimiento. De hecho, no siempre es fácil separar el análisis puro del crecimiento de las prescripciones para alcanzarlo; y esta dificultad constituye una limitación para la fijación de tales categorías. En algunos casos, sólo puede afirmarse que el principal énfasis o *intención* parece haber sido analítico o en otro caso que ha sido la elaboración de la política.

III. TEORÍA PRESCRIPTIVA

En el caso de la Escuela Clásica en general, y de la mayoría de los economistas contemporáneos que se ocupan del desarrollo económico, parece claro que la preocupación central no es simplemente la explicación sino la obtención de conclusiones prácticas en relación con lo que se debe hacer para alcanzar el desarrollo. Con la Escuela Neoclásica esta preocupación es quizá un poco menos patente, pero no podría negarse de ninguna manera. ¿Cuáles son las contribuciones de estos escritos para el estadista? El planteamiento del problema en esta forma no implica necesariamente que el desarrollo económico tenga que alcanzarse sólo o preponderantemente, o aun en cierto grado, mediante la intervención del Estado; ni implica ciertamente lo contrario. “Política”, en el presente contexto, incluye la no intervención; la palabra significa

sólo aquello que se recomienda como un curso de acción o inacción, ya sea pública o privada.

Déjese a los más “modernos” apóstoles del desarrollo económico hacer un alto para que consideren un momento el problema y tendrán que conceder que muchas (si no es que la mayoría) de las fuerzas básicas de las que se ocupa fueron identificadas —y frecuentemente tratadas en forma más elocuente y sagaz— por Adam Smith, sus precursores y sus inmediatos sucesores. Los mercantilistas escribieron acerca de las causas que hacen a una nación grande y fuerte: en especial el trabajo rudo y la acumulación de capital. Y también particularmente el ala Germana o Cameralista, depositó una gran atención en los sistemas de recaudación pública y del gasto más conducentes al fortalecimiento de la economía nacional. La Escuela Clásica se posesionó de algunos elementos y añadió nuevo énfasis sobre la motivación del empresario, el “mejoramiento” de la habilidad de la mano de obra (entendido el mejoramiento, como con Schumpeter, no sólo en sus aspectos técnicos sino también de los tipos de adelanto “organizacional”), las leyes comerciales, la tenencia de la tierra y otras instituciones condicionadoras del progreso.

Así pues, la teoría económica clásica prescribió como elementos del progreso el trabajo vigoroso, la parsimonia, la empresa y la promoción de la especialización. Esas fuerzas impulsoras, creyeron, podrían ser mejor utilizadas por la economía de la intervención del Estado, esto es, descansando en los deseos de los individuos para mejorar su suerte material. Aun el “Estado benefactor” moderno tiene que tomar ampliamente en cuenta esas motivaciones individuales, en contra de las compulsivas, implantadas desde arriba.

Además, debemos señalar varias piezas dinámicas de la teoría de los escritores clásicos. Una de ellas fue la teoría de la distribución; y aunque ésta tuvo que hacer algunos cambios sin el concepto del margen, presentó no obstante las proporciones de salarios, utilidades y renta como un resultado compuesto de las tasas de incremento de la población, el capital y la tecnología. Como lo han señalado muchos escritores contemporáneos, los economistas clásicos también admitieron una justificación para la protección de la “industria naciente”. En tanto que la Escuela Clásica dispone de innumerables escritos en relación con el estado estacionario, no estaba muy interesada en la vida *dentro* de ese estado de cosas como en el equilibrio de las fuerzas impulsoras de la economía y en su restricción hasta alcanzar el equilibrio final. Las predicciones malthusianas prestaron a esta teoría una tendencia pesimista; aunque Smith afirmó que ningún país ha llegado nunca al estado estacionario y de este modo el pesimismo no fue realmente inevitable.

Así pues, la economía neoclásica hizo algunas contribuciones teó-

ricas específicas a la política positiva del desarrollo; pero es probable que su mayor contribución descansa en el lado de la moral o del optimismo. Este optimismo puede haber sido en parte "glandular", el producto de la visión generalmente color de rosa que prevaleció en Inglaterra en la época de la reina Victoria. Pero parecería que también fue en parte el resultado de algunos nuevos progresos de la teoría. La segunda edición de Malthus había dado la esperanza de que se presentara un aumento de salarios, por encima del nivel de subsistencia, a través de la operación de frenos preventivos sobre la población. Mill, en *Probable Futurity of the Labouring Class*, Marshall, Taussing y sus sucesores subrayaron esto como un canal importante de mejoramiento. El abandono de la teoría del fondo de los salarios significó que éstos no provenían de un fondo predeterminado, sino de la corriente de productos que variaban positivamente con el capital acumulado. Las utilidades y el interés no pujaron favorablemente para disminuir, a medida que tenía lugar la acumulación; pero como lo afirmó F. H. Knight, pudieron sostenerse indefinidamente por el cambio adecuado de la función de la productividad del capital a través del adelanto tecnológico. Así pues, se abrió una visión del desarrollo económico *sin un límite necesario*, y podría decirse perfectamente que esto, creo yo, fue algo nuevo en la historia humana. Como una consecuencia, aunque el énfasis es ahora mucho mayor de lo que fue en la generación de su introducción por Alfred Marshall y Allyn Young, surgió la idea del incremento de las fuerzas expansivas a través de las economías externas.

Aún más, como lo han señalado Meier y Baldwin, la economía neoclásica imaginó el proceso económico como continuo y armónico. Indudablemente no puede considerarse esto como una ventaja neta absoluta para la teoría del desarrollo y la política. Pasó por alto los tropiezos producidos por las fluctuaciones de los negocios, las desarmonías que sobreviven sobre las posiciones monopolista, oligopolista y oligopsonista y otros verdaderos conflictos de interés. Sin embargo, condujo al reconocimiento de que esos conflictos y desarmonías son frecuentemente menos importantes que el crecimiento económico o su ausencia. Entonces, varias décadas después, Bowley demostró que porque los ricos son tan pocos, aun la absoluta igualdad de la riqueza y del ingreso significaría una pequeña diferencia para el inglés medio, en comparación con un corto período de crecimiento del ingreso nacional. Así pues, el énfasis clásico sobre la *armonía* del crecimiento ha encontrado una última justificación en la innegable tendencia al crecimiento, una vez que ha empezado, para penetrar a través de toda la economía y su tendencia ulterior para operar en forma acumulativa.

La aplicación reciente de la economía clásica y neoclásica se encuentra en la doctrina de Nurkse, sobre el crecimiento equilibrado. Un

obstáculo importante al crecimiento de las economías más pobres, explica, es la falta de mercados internos o de poder de demanda. Pero la demanda efectiva puede ser engendrada como lo ha afirmado J. B. Say, por la oferta efectiva: producción que crea sus propias ventas, si se le guía correctamente de acuerdo con la demanda relativa de los consumidores. Desafortunadamente, la afirmación de Nurkse ha sufrido numerosas interpretaciones extremas que no encuentran apoyo en sus propias exposiciones. Así, la doctrina *no* está a favor de un “gran empuje” de la inversión, ni de un programa indiscriminado de inversiones en todos los campos posibles, ni de la autarquía nacional. Lo que implica es la utilización de reglas generales de maximización del producto; indudablemente, su principal significado es la contribución equiproporcional de la inversión en los diversos campos de competencia. Lejos de haber enunciado un principio revolucionario, como algunos intérpretes lo creerían, el crecimiento equilibrado de Nurkse representa la aplicación de la ortodoxia a los problemas del desarrollo. Las modernas técnicas de programación lineal, aunadas a la información estadística disponible, cuando menos en varios países, dan a esta doctrina un papel de fundamental importancia.

El gran caudal de literatura que existe en la actualidad, orientada especialmente a los problemas del desarrollo, representa en mayor o menor grado la aplicación de la teoría económica “recibida”. Esto se aplica a los tratamientos provenientes de Bauer y Yamey, de Buchanan y Ellis, de Kindleberger, Lewis, Meier y Baldwin, Zinkin y otros. En general, estos escritores no han pretendido desenterrar una nueva teoría; en general también, están bastante de acuerdo en relación con los principales lineamientos de la política deseable sobre un gran campo de temas: política fiscal y monetaria, asignación de la inversión, ritmo del adelanto que puede lograrse, aspectos demográficos, autarquía *versus* comercio internacional, etc. Su trabajo puede reconocerse como la utilización y en cierto grado la elaboración ulterior, de los principios ortodoxos.

Para la economía no ortodoxa estaría justificado considerar a los escritores contemporáneos en dos grupos —aquellos que han seguido algunos de los lineamientos sugeridos por Keynes, y aquellos cuya inortodoxia es de una variedad no keynesiana. Puesto que una gran parte del esfuerzo de Keynes ha sido aceptado ampliamente, el primer grupo parecería relativamente ortodoxo a los estudiantes contemporáneos.

Una prominente aplicación de las ideas keynesianas a la teoría y política del desarrollo es el trabajo de la señora Robinson, *The Accumulation of Capital*. En tanto que la aplicación práctica de Keynes a los problemas del ciclo económico, las finanzas públicas, el fenómeno monetario y el comercio internacional fue perfectamente llevada a cabo en

el término de una década, ha requerido de un cuarto de siglo para tomar fertilidad en la teoría y la política del desarrollo. El sistema keynesiano tuvo que marchar primero a través de un proceso que lo hiciera dinámico, con Harrod, Hicks y Domar; y entonces, subsecuentemente, esas teorías han tenido que ampliarse de su casi exclusiva preocupación de las condiciones de estabilidad o de ocupación plena. El supuesto de que se alcanzaría automáticamente la ocupación completa de la mano de obra y del capital por las mismas condiciones, tuvo que dar lugar a un tratamiento por separado: posteriormente, la señora Robinson ha introducido al modelo dinámico el crecimiento de la población y el cambio de la técnica, a pesar de que el dinero aún figura en forma pasiva como la "barrera inflacionaria".

El profesor Fellner ha realizado un cuidadoso análisis teórico e histórico de la habilidad de la economía norteamericana y de otras economías para adaptar las técnicas a los requerimientos de la escasez de factores cambiantes, así como para generar suficientes expedientes de inversión para que los ahorros y el ingreso fluyan hacia un siempre creciente acervo de capital.

La heterodoxia de Keynes fue la negación de que los ahorros intentados por el público igualarán necesariamente la inversión intentada. Una heterodoxia importante niega que los ahorros intentados de la sociedad, aun si están efectivamente equilibrados con la inversión, iguale necesariamente el optimismo social. Ciertamente, un numeroso grupo de teorías señala que los ahorros y la inversión en las economías atrasadas son típicamente menores a la magnitud necesaria para salir del "estancamiento" o del "equilibrio" a los bajos niveles de ingreso *per capita*. Se requiere de un "gran impulso", o de una tasa de inversión que exceda un cierto mínimo crítico, para inaugurar el proceso de continuo crecimiento.

La exposición más sistemática de esas ideas es la de Leibenstein. Su argumento descansa en numerosas discontinuidades supuestas en la operación de las fuerzas que aumentan el ingreso *versus* las fuerzas que lo deprimen. Pertenecen a las economías internas y externas, el crecimiento de la población, la motivación del empresario, la habilidad de la mano de obra, etc. Otros autores, como Rosenstein-Rodan, se han agregado a esta supuesta y distinta respuesta del ahorro voluntario para incrementar el ingreso, y la supuesta discontinuidad de los elementos de carácter no económico que lo acompañan y las condiciones del adelanto económico.

Estos debates dan origen a que algunos conceptos no puedan ubicarse por algún tiempo, ya sea en el plano de la teoría pura o de la verificación empírica. Cada uno de los casos de discrepancia tienen que investigarse por separado porque siempre puede existir la posibilidad de

que el caso represente realmente continuidad, ausencia o estabilidad, y la posibilidad de un "pequeño" (*i.e.*, sostenido) crecimiento *ab initio*. Aún más, existe la posibilidad, y pudiera decirse que en este caso la *probabilidad*, de que si existen semejantes casos de discrepancia, sus puntos críticos decisivos de la estabilidad al incremento progresivo pueden presentarse a diferentes niveles de ingreso *per capita*. En ese caso, la economía puede ser completamente capaz de crecer en forma sostenida desde el principio. Todos éstos son casos de hechos económicos que no pueden determinarse en forma general y abstracta, sino sólo en forma particular y para una sociedad y en un momento determinados.

Se presenta un problema de un orden diferente por los propósitos para acelerar la velocidad del desarrollo a través del ahorro forzoso de varios tipos.¹ Aquí el problema no es de hechos económicos, de los cuales, una vez que se han establecido, casi cualquiera podría obtener las mismas conclusiones en relación con la política. El problema aquí es de objetivos; de precisar cuál es el "óptimo social". Más específicamente, es una selección entre los ahorros que provienen a través del sistema de precios (con cierto grado de interferencia del estado a través de su sistema impositivo) y una supercesión de decisión del mercado en relación con el gasto presente y futuro mediante una decisión política. Por supuesto, la decisión política puede estar determinada en forma más o menos democrática. Ocasionalmente, los defensores de las técnicas intensivas de capital o de otras armas encaminadas a incrementar la acumulación del capital, parecen implicar que este curso se desprende como una conclusión "científica" necesaria del análisis del desarrollo económico. Por supuesto, es una cuestión de ética y estética decidir en qué medida debe "castigarse el presente" en aras del futuro. Un problema diferente y ulterior sería el de considerar, en condiciones económicas y políticas particulares si puede concebirse que el "castigo del presente" traiga consigo una *deceleración* del progreso.

Las prescripciones no ortodoxas para el desarrollo económico no están restringidas de ninguna manera a la medida autoritaria para incrementar la inversión. Por supuesto, es posible traer a colación el problema de la deseabilidad de todos los aspectos de un sistema de precios que descansa en la libertad de selección del consumidor y del productor; y es inevitable que, tarde o temprano, alguien trate de demostrar la falibilidad de semejante sistema en cada uno de sus aspectos. Los problemas que se presentan al respecto son: 1) si se comparte *mi*

¹ Por supuesto, este aspecto es distinto de la forma en que se logran los ahorros forzosos. Una fuerte ola de convicción parece favorecer actualmente la aceleración del ahorro y la inversión mediante la selección de técnicas intensivas de capital, en lugar de las armas más usuales de fijar la proporción ahorrada a través de los impuestos, la exacción o el ahorro e inversión directos por el estado. Véanse las recientes publicaciones de Galenson-Leibenstein, Eckstein, Dobb y Baran.

noción del “optimismo social”; 2) si se comparte generalmente, cómo se *determina* objetivamente; 3) cómo se *implementa* el objetivo, una vez determinado; y 4) si la operación de la nueva política será *superior* a la verdadera operación del sistema de precios. Así pues, existe un largo camino de la convicción del individuo de que el mejoramiento es *posible*, en relación con el mejoramiento real.

Esta reflexión puede ser de la misma familia de las teorías de economistas como Raúl Prebisch y Gunnar Myrdal, que afirman que o bien el comercio internacional ha fracasado para beneficiar a las regiones subdesarrolladas en la misma medida en que ha beneficiado a las económicamente más adelantadas, o ha dañado realmente a los países más pobres. Prebisch cree que la pérdida o pequeña ganancia surge de la relación adversa del intercambio, y que ésta a su vez se origina en el hecho de que el continuo engranaje de los salarios monetarios de parte de los sindicatos de los países industriales transfiere todas las ganancias del progreso tecnológico a esas ya afortunadas naciones. Los países subdesarrollados están justificados al imponer controles selectivos de importaciones, tarifas protectoras y al tomar medidas semejantes para contrarrestar esta desventaja.

Las dudas en relación con el argumento de Prebisch han descansado en algunos interrogantes, que permitan decidir sobre el curso histórico de la relación de intercambio de mercancías, y si, aún si se hubiese deteriorado claramente para los países productores primarios, la relación factorial de intercambio se ha comportado en forma similar. Esa relación, mostrando el producto de las importaciones de una unidad de costo real interno, podría mejorar si los costos de transporte disminuyeran o si la calidad de las importaciones aumentara, aun si la relación de intercambio de mercancías es adversa.

En varias publicaciones recientes, Gunnar Myrdal ha destacado su creencia de que la operación natural de las fuerzas del mercado, tanto dentro de un país como entre países es la creciente desigualdad. La intervención del gobierno en la forma de Estado benefactor ha superado esas fuerzas dentro de cada una de las naciones prósperas de Europa y América. Pero no existe semejante organización política entre las naciones; las fuerzas del mercado hacen continuamente más ricas a las naciones ricas y a las pobres las hacen aún más pobres. La migración de mano de obra y capital se hace hacia las más ricas y aumenta su riqueza. El comercio internacional de mercancías, en forma no revelada precisamente por Myrdal, también aumenta la desigualdad internacional.

Sus prescripciones de política parecen ambivalentes. En tanto que claman por la “liquidación” de la doctrina del libre comercio, encuentra todavía el principio de “ventaja comparativa” “valioso de preservar”. Se

declara a sí mismo enemigo de la "igualación al por mayor del ingreso mediante la redistribución entre las naciones"; pero atribuye las desigualdades entre ellas a la ausencia de un estado mundial (*Rich Lands and Poor*, pp. 129, 63-64). Por una parte, se condena la ayuda del exterior como un "soborno"; y por la otra se desafía a las naciones más progresistas para que aumenten su ayuda en una proporción sustancial (*ibid*, pp. 75, 101). En vista de estos esfuerzos en conflicto, es imposible creer que Myrdal haya contribuido verdaderamente a la discusión de las políticas apropiadas para el desarrollo económico.

IV. CONCLUSIONES

La retrospectiva sobre las teorías del desarrollo parece mostrar que el volumen de generalizaciones que son útiles para la política es restringido. Una gran parte de lo que se llama teoría del desarrollo se ocupa, en primer lugar, de la filosofía de la historia. Por completo aparte de la inquietante cuestión de si la historia puede realmente interpretarse mediante una amplia fórmula, debiera generalmente concederse que esas filosofías no sirven o no fueron intentadas para servir como una guía a la política. Faltan las inferencias prácticas o bien son incidentales.

Un cuerpo muy grande del análisis económico que es imponente por su valor explicativo no se ocupa directamente del desarrollo o, aun si lo hace, contribuye escasamente con alguna sugerencia de política. Esto es verdad de la propia teoría de Keynes, antes de la elaboración por sus sucesores, los que estuvieron interesados en las tendencias a largo plazo. El trabajo de Schumpeter sobre la innovación económica proveyó a la economía con una de las grandes fuerzas motrices, sin que se haya sugerido cómo puede lograrla un país para promover la verdadera actividad empresarial. Esta característica de la teoría económica es en verdad tan ampliamente compartida que es de lo más fácil señalar los tipos excepcionales de teoría que traen consigo prescripciones prácticas de aquellas que no las traen consigo.

Con los escritores mercantilistas algunas prescripciones llanas, si bien generales, se presentaron en la forma del énfasis que depositaron sobre el trabajo vigoroso y la frugalidad. Pero una gran parte de sus reflexiones sobre el comercio exterior y las finanzas públicas sólo tiene limitada significación en nuestros días por su menor preocupación del bienestar público que con la fortaleza económica de la soberanía. En parte, éste fue un asunto de proveer el apuntalamiento financiero de los gobiernos nacionales (en contra de los locales), y en parte fue un problema de defensa nacional. Todos éstos continúan siendo problemas económicos vivientes, pero no están centrados principalmente en el progreso.

La economía clásica realmente tomó el progreso como su tema central y este hecho la hace menos sorprendente en comparación con lo mucho que es actualmente útil y que ha de encontrarse en la literatura desde Smith hasta la escuela subjetiva del valor, así como en la continuación de esta tradición con los escritores neoclásicos. Aquí encontramos una rica mina de políticas: asegurar la energética de la mano de obra bien motivada, la habilidad de la mano de obra, la responsabilidad y obediencia empresaria, el gobierno eficiente, un gran volumen de ahorros, una estructura conductora a esos fines, sistemas progresivos monetarios y de finanzas públicas, etc. El principio maximizador en la forma de libre selección del consumidor y la igualdad de los rendimientos de los factores productivos están allí, a pesar de la falta del principio marginal. Nurkse, creo yo, sostendría que la idea del "crecimiento equilibrado" estaba presente, no sólo explícitamente con Say, sino también con la mayoría de sus contemporáneos.

En verdad, es el principio de la asignación de los factores para asegurar rendimientos equiproporcionales el que es el más grande legado de la historia de la economía a la política del desarrollo, sencillamente porque es *el* principio económico. La escuela marginal le dio mayor acuciosidad a la proposición; y la programación lineal y no lineal le ha dado una mayor operabilidad, sin alterar materialmente el contenido que fue anunciado en los escritos de los clásicos y en la exposición de Pigou del producto marginal social.

Es todo lo que puede afirmarse, creo yo, a pesar del hecho de que, en cierto sentido, el principio de igualación es estático. Un gran caudal de escritos contemporáneos sobre el desarrollo consiste en sugerencias para modificar este principio. Las partidas de las reglas de maximizar los rendimientos y de minimizar los costos se dice que están garantizados si las técnicas altamente capitalistas rompen las anticuadas inercias, producen efectos-demostración, inducen los esfuerzos de la capacitación de la mano de obra y de los empresarios, aceleran los ahorros a través de efectos de distribución, etc. Con toda la importancia que estos efectos transitivos o de desarrollo puedan tener, tiene que reconocerse que pueden presentarse costos sustanciales a partir del factor de costo mínimo en el sentido estático; y deben claramente contrarrestarse por ganancias a largo plazo, con el propósito de garantizar la partida del óptimo, como lo indican los costos existentes.

La economía ortodoxa ha señalado numerosos corolarios del principio de maximización de la producción, entre ellos la doctrina del libre comercio, del libre pago y del libre movimiento de capital. Nuevamente, entre todo lo que se puede decir en el plano de la generalidad es que la partida de la regla de maximización tiene que ser justificada individual y específicamente.

En una escala mucho mayor, F. M. Taylor, Oscar Lange y otros han ofrecido un sistema de precios consistente y racional para el estado socialista, que es esencialmente un principio más completo del principio de maximización. Los regímenes comunistas existentes no pueden permitirse a sí mismos el lujo de inhibirse en el ejercicio del juicio arbitrario en relación con las "funciones del bienestar social" sin ninguna referencia a los principios económicos. Pero en los sistemas mixtos prevalecientes fuera del bloque comunista, tiene que darse cierta significación a las reglas impersonales para obtener y a los medios objetivos de medir el desarrollo económico. En otras palabras, la planeación del desarrollo puede ser motivada y conducida en diversos grados, dentro de los lineamientos económicos.

La teoría recibida es en cierto sentido desilusionante, al haber sido más bien negativa (*i.e.* al evitar el desperdicio en una u otra forma) y más bien general (*i. e.* en la muy amplia prescripción de los rendimientos marginales equiproporcionales). No ofrece una heliografía detallada para el desarrollo económico en un caso dado, sin un vasto volumen de estudios suplementarios *ad hoc*, incluyendo los importantes "factores no económicos". Ésta es la clase de limitación inherente en el inexacto carácter de ciencia social.

Por otra parte, la teoría recibida tiene sus puntos fuertes al ofrecer los indicadores generales de política. También mantiene el prospecto de un indefinido y continuado progreso económico, y éste es un gran paso hacia adelante en el pensamiento de muchas de las personas de la tierra.

Finalmente, es completamente imposible que las ideas que ahora se centran en relación con los términos como "puntos crecientes", estrangulamientos, mínimo crítico, etc., que por lo general son algo rudimentarios y que generalmente se presentan como calificaciones del cuerpo recibido de teoría, puedan elaborarse a través del tiempo dentro del cuerpo principal de la teoría y la política del desarrollo.